

viene á caer como desfallecida). ¡ Ah ! Eso os sorprende, tenéis miedo de mí, señora. Hasta ahora he sido yo quien ha tenido miedo de vos, y entiendo que no será así de hoy en adelante. Para empezar, he aquí al primero de vuestros amantes cogido y condenado á muerte.

LUCRECIA (*con voz débil*).—Razonemos un poco, don Alfonso. Si este hombre es el mismo que ha cometido para conmigo el crimen de lesa majestad, no puede ser al mismo tiempo mi amante...

ALFONSO.—¿ Por qué no ? ¡ En un acceso de despecho, de cólera, de celos ! Porque puede estar celoso él, también. Por otra parte ¿ yo qué sé ? Quiero que este hombre muera. Es mi voluntad. Este palacio está lleno de soldados que me son leales y no conocen á nadie más que á mí. No puede escapar. Nada impediréis, señora. He dejado á Vuestra Alteza la elección del género de muerte. Decidid.

LUCRECIA (*retorciéndose las manos*).—¡ Oh Dios mío ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ Oh Dios mío !

ALFONSO.—¿ No respondéis ? Voy á ordenar que le maten en la antecámara á estocadas.

(*Se dispone á salir ; Lucrecia le coge por el brazo.*)

LUCRECIA.—¡ Deteneos !

ALFONSO.—¿ Preferís servirle vos misma un vaso de vino de Siracusa ?

LUCRECIA.—¡ Genaro !

ALFONSO.—Es menester que muera.

LUCRECIA.—No á estocadas.

ALFONSO.—Poco me importa la manera. ¿ Qué elegís ?

LUCRECIA.—Lo otro.

ALFONSO.—¿ Tendréis cuidado de no equivocaros y de darle vos misma el contenido del frasco de oro que sabéis ? Por lo demás, yo estaré allí. No os figuréis que vaya á dejaros.

LUCRECIA.—Haré lo que queráis.

ALFONSO.—¡ Bautista ! (*El hujier reaparece.*) Traed al preso.

LUCRECIA.—Sois un hombre terrible, monseñor.

ESCENA V

Los mismos, GENARO, los guardias

ALFONSO.—¿ Qué es lo que he oído decir, señor Genaro ? Que lo que habéis hecho esta mañana sólo ha sido por aturdimiento y bravata, y sin mala intención ; que la señora duquesa os perdona, y que por otra parte sois un valiente ? Por mi madre, si es así, podéis volveros sano y salvo á Venecia. A Dios no plazca que prive yo á la magnífica república de Venecia de un buen servidor, y á la cristiandad de un brazo fiel que lleva una fiel espada cuando hay allende las aguas de Chipre y de Candía idólatras y sarracenos.

GENARO.—Enhorabuena, monseñor. No me esperaba, lo confieso, este desenlace. Pero doy las gracias á Vuestra Alteza. La clemencia es una virtud de raza real, y Dios perdonará allá arriba al que perdona aquí abajo.

ALFONSO.—Capitán, ¿ es buen servicio el de la república ? ¿ Cuánto ganáis un año con otro ?

GENARO.—Tengo una compañía de cincuenta lanzas, monseñor, que pago y visto. La serenísima república, sin contar los gajes y las presas, me da dos mil cequies de oro por año.

ALFONSO.—¿ Y si yo os ofreciese cuatro mil, me serviríais á mí ?

GENARO.—No podría. Debo servir aún cinco años á la república. Estoy ligado.

ALFONSO.—¿ Cómo ligado ?

GENARO.—Por juramento.

ALFONSO (*bajo á Lucrecia*).—Parece que esa gente

cumple los suyos, señora. (*Alto.*) No hablemos más de ello, señor Genaro.

GENARO.—No he cometido ninguna cobardía para salvar la vida, pero puesto que Vuestra Alteza me la deja, he aquí lo que puedo decir ahora. Vuestra Alteza se acordará de que en el asalto de Faenza, hace dos años, monseñor el duque Hércules de Este, vuestro padre, corrió gran peligro de perecer á manos de dos arcabuceros del Valentinois que iban á matarle. Un soldado aventurero le salvó la vida.

ALFONSO.—Sí, y nunca se ha podido encontrar á ese soldado.

GENARO.—Era yo.

ALFONSO.—Pardiez, capitán, esto merece recompensa. ¿No aceptaríais por acaso esta bolsa llena de cequiles de oro?

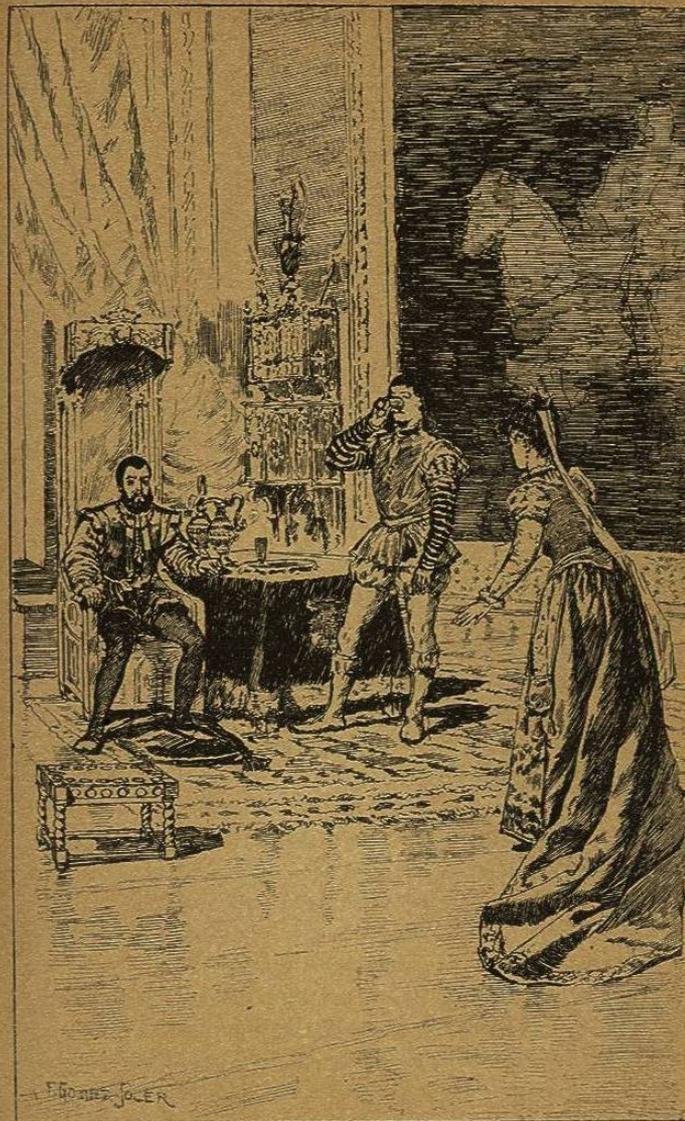
GENARO.—Hacemos juramento cuando entramos al servicio de la república de no recibir dinero alguno de los soberanos extranjeros. Con todo, si Vuestra Alteza me lo permite, tomaré esta bolsa y la distribuiré en mi nombre á los bravos soldados que veo aquí.

(*Muestra los guardias.*)

ALFONSO.—Hacedlo. (*Genaro toma la bolsa.*) Pero, entonces, beberéis conmigo, siguiendo la misma costumbre que mis antepasados, á fuer de buenos amigos como somos, un vaso de mi vino de Siracusa.

GENARO.—De muy buena gana, señor.

ALFONSO.—Y para honrar á quien ha salvado nada menos que á mi padre, quiero que sea la señora duquesa en persona quien os escancie el vino. (*Genaro se inclina y se vuelve para ir á distribuir el dinero á los soldados en el fondo del teatro. El duque llama:* ¡Rustighello! (*Rustighello aparece con la bandeja.*) Pon la bandeja ahí, sobre esa mesa. Bien. (*Cogiendo á Lucrecia por la mano.*) Señora, escuchad lo que voy á decirle á ese hombre. Rustighello, vuelve á colocarte detrás de esa puerta



D. ALFONSO (aparte).—Ya está.....

con tu espada desnuda en la mano; si oyes el sonido de esta campanilla, entrarás. Anda. (*Rustighello sale, y se ve cómo vuelve á colocarse detrás de la puerta.*) Señora, le echaréis vos misma de beber al joven, y tendréis cuidado de escanciarle lo que hay en el frasco de oro.

LUCRECIA (*pálida, con voz débil*).—Si supiéseis lo que hacéis en este momento, y cuán horrible cosa es, os estremeceríais, por desnaturalizado que seáis, monseñor.

ALFONSO.—Tened cuidado con no equivocarse el frasco. Vamos, capitán.

(*Genaro, que ha terminado su distribución del dinero, vuelve al proscenio. El duque se sirve de beber en una de las dos copas esmaltadas con el frasco de plata, y toma la suya, llevándola á sus labios.*)

GENARO.—Estoy confuso con tantas bondades, señor.

ALFONSO.—Señora, escanciadle vino al señor Genaro. ¿Qué edad tenéis, capitán?

GENARO (*tomando la otra copa y presentándola á la duquesa*).—Veinte años.

ALFONSO (*bajo, á la duquesa, que trata de coger el frasco de plata*).—El frasco de oro, señora. (*Lucrecia le toma temblando.*) ¡Bravo! ¿Y andaréis enamorado?...

GENARO.—¿Quién no lo está un poco, monseñor?

ALFONSO.—¿Sabéis, señora, que hubiera sido una crueldad privar al capitán de la vida, del amor, del sol de Italia, de las ilusiones de los veinte años, de su gloriosa carrera de soldado y de aventurero por la cual han empezado todas las casas reales, de las fiestas, de los bailes de máscaras, de los alegres carnavales de Venecia donde se engaña á tantos maridos, y de las hermosas mujeres que ese joven puede amar y que deben amarle? ¿No es verdad, señora? Dad de beber al capitán. (*Por lo bajo.*) Si vaciláis, hago entrar á Rustighello.

GENARO.—Os doy gracias, monseñor, por dejarme vivir para mi pobre madre.

LUCRECIA (*aparte*).—¡Oh, qué horror!

ALFONSO (*bebiendo*).—¡A vuestra salud, capitán Genaro; que viváis muchos años!

GENARO.—¡Monseñor, Dios os conserve! (*Bebe.*)

LUCRECIA (*aparte*).—¡Cielos!

ALFONSO (*aparte*).—Ya está. (*Alto.*) Y con esto, os dejo, capitán. Partiréis para Venecia cuando queráis. (*Bajo, á Lucrecia.*) Dadme las gracias, señora, os dejo á solas con él. Debéis tener que despediros. Vivid con él, si así os parece, su último cuarto de hora.

ESCENA VI

LUCRECIA, GENARO

(*Vese siempre en el compartimiento á Rustighello, inmóvil detrás de la puerta secreta.*)

LUCRECIA.—¡Genaro! ¡Estáis envenenado!

GENARO.—¡Envenenado, señora!

LUCRECIA.—¡Envenenado!

GENARO.—Habría debido conocerlo, habiéndome escanciado vos el vino.

LUCRECIA.—¡Oh, no me agobiéis, Genaro! No me quitéis las pocas fuerzas que me quedan, de las cuales tengo necesidad aún por algunos instantes. Oídmelo: el duque está celoso de vos; el duque os cree mi amante, y no me ha dejado otra alternativa que la de veros dar de puñaladas delante de mí por Rustighello ó daros yo misma el veneno. Un veneno terrible, Genaro, un veneno cuyo solo nombre hace palidecer á todo italiano que sabe la historia de los últimos veinte años.

GENARO.—Sí, los venenos de los Borgias.

LUCRECIA.—De él habéis bebido. Nadie en el mundo conoce el antídoto de esta composición terrible, nadie, excepto el papa, el señor de Valentinois y yo. Tomad, ved esta redomilla que llevo oculta siem-

pre en mi seno. Esta redomilla, Genaro, es la vida, es la salud, es la salvación. Una sola gota en vuestros labios y estáis salvado.

(*Quiere aproximar la redoma á los labios de Genaro, que retrocede.*)

GENARO (*mirándola fijamente*).—Señora, ¿quién me dice que no sea ese el veneno?

LUCRECIA (*cayendo aniquilada en el sillón*).—¡Dios mío! ¡Dios mío!

GENARO.—¿No os llamáis Lucrecia Borgia? ¿Creéis que no me acuerdo del hermano de Bayaceto? Sí; sé un poco de historia... Hicieronle creer, á él también, que estaba envenenado por Carlos VIII y se le dió un antídoto del cual murió. Y la mano que le presentó el antídoto es la que tiene ahora esa redoma. Y la boca que le dijo que bebiera, hela aquí, me habla!

LUCRECIA.—¡Miserable de mí!

GENARO.—Oíd, señora, no me engañan vuestras apariencias de amor. Abrigáis algún siniestro designio sobre mí. Esto se ve. Debéis saber quién soy. En este momento se lee en vuestro rostro que lo sabéis; fácil es conocer que alguna razón poderosa tendréis para no decírmelo nunca. Vuestra familia debe conocer á la mía, y quizás á estas horas no es de mí de quien os vengáis envenenándome, sino ¿quién sabe? de mi madre...

LUCRECIA.—¡Vuestra madre, Genaro! Quizás la veis distinta de lo que es. ¿Qué diríais si no fuese más que una mujer criminal como yo?

GENARO.—No la calumniéis. ¡Oh, no! mi madre no es una mujer como vos, doña Lucrecia! ¡Oh! la siento en mi corazón y la sueño en mi alma tal como es; tengo su imagen aquí, nacida conmigo; no la amaría como la amo si no fuese digna de mí. El corazón de un hijo no se engaña sobre su madre. La aborrecería si pudiese parecerse á vos. Pero, no, no; hay algo en mí que me dice muy alto que mi madre no es una de

esas infames culpables de incesto, de lujuria y de envenenamiento como vosotras, las hermosas mujeres de este tiempo. ¡Oh Dios! Estoy bien seguro de ello; si hay bajo el cielo una mujer inocente, una mujer virtuosa, una mujer santa, es mi madre! ¡Oh! Así es ella y no de otra manera. La conocéis sin duda, doña Lucrecia, y no me desmentiréis.

LUCRECIA.—¡No, á esa mujer, Genaro, á esa madre, no la conozco!

GENARO.—Pero ¿ante quién estoy hablando así? ¿Qué os importan á vos, Lucrecia Borgia, las alegrías ó los dolores de una madre? No habéis tenido hijos nunca, dicen, y debéis sentirlos bien venturosa. Porque vuestros hijos, si los tuviéseris, ¿sabéis que renegarían de vos, señora? ¿Qué desdichado, bastante dejado de la mano del cielo, quisiera una madre semejante? ¡Ser hijo de Lucrecia Borgia! ¡Llamar madre á Lucrecia Borgia! ¡Oh!...

LUCRECIA.—Genaro, estáis envenenado; el duque, que os cree muerto, puede llegar de un momento á otro. No debería pensar yo más que en vuestra salvación y en vuestra fuga, pero me decís cosas tan terribles, que no me queda más que permanecer ahí, petrificada, oyéndolas.

GENARO.—Señora...

LUCRECIA.—Veamos; se ha de acabar. Maltratadme, agobiadme con vuestro desprecio; pero, estáis envenenado; bebed esto en seguida.

GENARO.—¿Qué debo creer yo, señora? El duque es leal; he salvado la vida á su padre. Vos, no; os he ofendido y tenéis que vengaros de mí.

LUCRECIA.—¡Vengarme de ti, Genaro! Si fuera menester dar toda mi vida para añadir una hora á la tuya, derramar toda mi sangre para impedir que vertieses una lágrima, sentarme en la picota para colocarte sobre un trono, pagar con una tortura del infierno

cada uno de tus menores placeres, no vacilaría yo, no murmuraría, sería feliz y besaríate los pies, Genaro. ¡Oh, no sabrás tú nunca nada de mi pobre corazón sino que está lleno de ti! Genaro, el tiempo urge, el veneno corre, de un momento á otro lo sentirás... un poco más y no será ya tiempo. La vida abre en este momento dos espacios oscuros delante de ti, pero el uno tiene menos minutos que años el otro. La elección es terrible. Deja que yo te guíe. Ten piedad de ti y de mí, Genaro. ¡Bebe pronto, en nombre del cielo!

GENARO.—Bueno; está bien. Si hay un crimen en esto, caiga sobre vuestra cabeza. Después de todo, digáis ó no verdad, no vale mi vida la pena de ser tan disputada. Dadme. *(Toma la redomilla y bebe.)*

LUCRECIA.—¡Salvado! Ahora es menester partir para Venecia á caballo y á escape. ¿Tienes dinero?

GENARO.—Tengo.

LUCRECIA.—El duque te cree muerto. Fácil será ocultarle tu fuga. Espera; guarda ese frasco y llévalo siempre encima. En tiempos como los que vivimos, el veneno figura en todos los convites. Tú, sobre todo, estás expuesto. Ahora, parte pronto. *(Mostrándole la puerta secreta que entreabre.)* Baja por esta escalera que comunica con uno de los patios del palacio Negroni. Fácil te será evadirte por allí. No esperes hasta mañana, no esperes la puesta de sol, no esperes una hora, ni siquiera media. Abandona á Ferrara en seguida, abandona á Ferrara como si fuese Sodoma que arde, y no vuelvas la vista atrás. ¡Adiós! espera un instante. ¡Tengo una última palabra que decirte, Genaro mío!

GENARO.—Hablad, señora.

LUCRECIA.—Te digo adiós en este momento, Genaro, para no volver á verte jamás. No has de pensar ya encontrarte alguna vez en mi camino. Es la sola dicha que tendría yo en el mundo; pero sería arriesgar tu

cabeza. Henos aquí separados para siempre en esta vida; ¡ay! ¡harto segura estoy también de que lo mismo estaremos separados en la otra! Genaro, ¿no me dirás una sola palabra de cariño antes de abandonarme así por una eternidad?

GENARO (*bajando los ojos*).—Señora...

LUCRECIA.—¡Acabo de salvarte la vida, en fin!...

GENARO.—Así lo decís. Todo esto me parece lleno de tinieblas. No sé qué pensar. Ved, señora, todo puedo perdonároslo excepto una cosa.

LUCRECIA.—¿Cuál?

GENARO.—Juradme por todo cuanto os es caro, por mi propia cabeza, puesto que me amáis, por la salvación eterna de mi alma, que vuestros crímenes no tienen que ver nada con las desgracias de mi madre.

LUCRECIA.—Todas las palabras son formales en vos, Genaro. No puedo juraros eso.

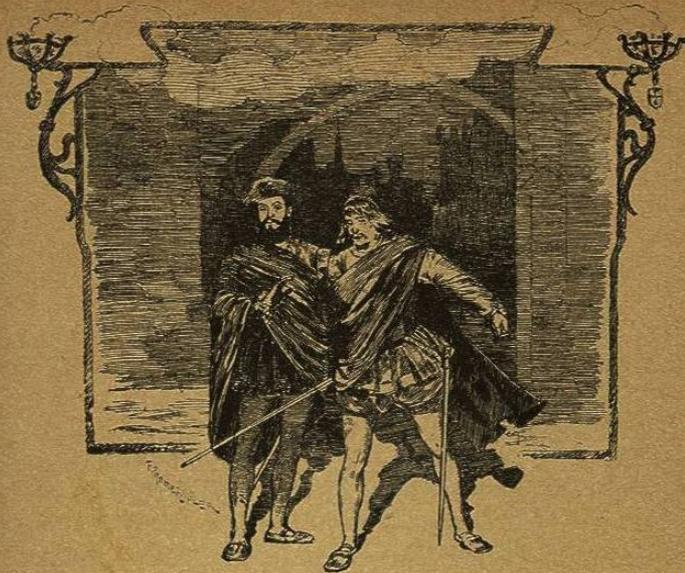
GENARO.—¡Oh madre! ¡madre mía! He aquí la espantosa mujer que ha causado tu desgracia.

LUCRECIA.—Genaro...

GENARO.—Lo habéis confesado, señora. ¡Adiós! ¡Maldita seáis!

LUCRECIA.—Y tú, Genaro, ¡bendito seas!

(*Sale. Lucrecia cae desvanecida en el sillón.*)



PARTE SEGUNDA

La segunda decoración. La plaza de Ferrara con el balcón ducal á un lado y la casa de Genaro al otro. Es de noche.

ESCENA I

D. ALFONSO, RUSTIGHELLO, embozados en sus capas

RUSTIGHELLO.—Sí, monseñor, así ha pasado esto. Con no sé qué filtro le ha vuelto á la vida y le ha hecho huir por el patio del palacio Negroni.

ALFONSO.—¿Y tú has sufrido eso?